



La casa de Don Juan (una excursión en Anaga)

Como todos los domingos y a las 8 de la mañana, fuimos de excursión. Aquel domingo era el último del mes de julio del año 2004. Dada la época del año, lo mejor era ir a Anaga. Hacia las 9, empezamos el periplo en la Cruz del Carmen, el travelling, como lo llamó Felipe.

A pesar del calor sahariano, el bosque estaba verde, húmedo, fresco, silencioso, sin nadie. La tierra, como recién arada. Las zarzas enzarzaban el camino y los troncos lo atrancaban. Follaje a ras del suelo. Helechos y enredaderas hasta la cintura. Y, más arriba, mucho más altos, los laureles, los viñátigos, los acebiños...

¡Caminábamos en la laurisilva! Charlábamos sobre la vegetación. Y, de pronto, y por primera vez, el encuentro con la gibalbera con fruto; alrededor de sus cladodios, unas bolitas verdes y otras rojas y, dentro de ellas, ¡perlas!

Hacia la una, unas casitas, orientadas a Poniente y dispersas en las laderas de los barrancos, atraen nuestra atención. ¡La casa de Don Juan! -exclamó Carlos Bravo.

Un huerto, un jardín, o mejor, un jardín-huerto o un huerto-jardín, con melocotones, lechugas, flores, manzanas, gallinas...; y una terracita natural con mesa, grifo, bancos, toda sombreada por un limonero. Al borde..., el barranco. Su dueño era Don Juan, un amigo de Carlos.

En la entrada de la casa, Don Juan pelaba papas. Y, dentro, en la mesa, una ensalada de tomates, lechugas, cebollas y aguacates. Y, más adentro, en la bodega, el vino blanco y el tinto, fresquitos.

La terracita, el paisaje, y por qué no, los vasitos de vino, me hacían sentir en un paraíso, un paraíso en medio de crestas rodeadas de mar... ¡y sin serpientes!

Reíamos, bebíamos, comíamos la ensalada, las papas guisadas y pescado salado con mojo. Alguno solo bebía...

En la sala de la ensalada, Don Juan contaba historias de amor, de mujeres encantadoras de hombres, de épocas pasadas; reales, según él. Eran las mismas historias que me había contado mi vecina, cuando yo era una niña, en un remoto pueblo de la frontera galaicoportuguesa en el que viví hasta los diez años. Eran los romances que, pasados algunos años, encontré en los libros de Literatura.

Al cabo de cuatro horas, decidimos reanudar el camino. Hacía calor. Había que subir, siempre subir y subir. Se nos hizo de noche en la laurisilva. Ahora, el bosque estaba negro aunque seguía estando húmedo, fresco, silencioso, sin nadie. A las 23 h llegamos a la Cruz del Carmen y, a las 24 h, a Santa Cruz.

¡Vaya día tan largo y tan corto! Para Germán, fue algo más largo, pues se olvidó de la mochila en la Cruz del Carmen y tuvo que volver a buscarla.

M^a Celia Salgado